eso no desmaye, y peque dos veces, una en el poco conocimiento suyo, otra en no sentir bien de la suma bondad del Señor, pensando que no la quiere, ó no quiere que lo busque. ¿E por qué osó decir tan gran falsedad y testimonio falsísimo? Por qué pone mancha en la pureza de la misericordia divina, y en el blanco Cordero, que dijo (*Joann.*, 6): A todo aquel que viniere á mí, no le echaré fuera? Por qué tiene por enemigo al que la castiga, y sospecha mal contra su médico? Amor es todo lo que hace el Señor con ella, sino, como no conoce por amor sino al regalo, parécele desamor, como esté escrito (*ad Heb.*, 12), que el Señor azota al que ama, y que quien ama á su hijo multiplica los azotes; y tratándola el Señor así, aunque no se conoce ni es vil en sus ojos, ¿qué sería si él le enseñase amor? No es para locos el ser abiertamente favorecidos. Abaste á Vm. que el Señor se sirva de ella, sea por la via que él fuere contento, y sepa que hasta que de lo mas profundo del corazon sienta quién ella es, no sentirá la faz del Señor del todo alegre, ni le cumple: mil vueltas le han de dar y en mil trances se ha de ver, que la saque de seso, y en que no sepa qué ha de hacer ni sepa atender, para que toque con sus propias manos y vea con sus propios ojos que no es ella sino un pedazo de miseria y flaqueza, y se le quite muy quitada la vanidad de su estima; porque, así como decia un viejo, en la Vida de los Padres, que sería uno tentado en la carne hasta que conociese bien que la castidad es don del Señor, y no fuerza propia, así conviene en otras cosas venir al abismo del propio conocimiento, para que de allí le levante el Señor al pobre, y lo ponga con los príncipes de su pueblo, sin resabio de vanidad, pues ya conoce su profunda flaqueza.

Por eso póngase Vm. á padecer y tener guerra consigo, y pase adelante; que el Señor la consolará y le dirá (*Isai.*, 51): Pobrecita, yo quité de tu mano la copa del adormecimiento y lo hondo de la copa de mi castigo, y no lo beberás mas. El vendrá y satisfará la pena que dió su ausencia y castigo, y alegrará con cien tanto á la que entristeció con justicia, para darle á entender que no es inocente, sino culpada. Perseverancia no falte. E aunque sea herida en la guerra, cobre ánimo de nuevo; porque no sabe la hora en que el Señor tendrá por bien de la visitar, y conciértese lo mejor que pudiere, segun su pobreza; y súfrase con paciencia como á otro hiciera, y no deje sus ejercicios en cuanto fuere posible. Y si estuviere enferma, tómelo tambien por ejercicio; que no es mal tiempo para navegar hácia el cielo, aunque parezca contrario en esto. La gracia del Espíritu Santo sea siempre en esa ánima. Amen.

CARTA XXIX.

A una doncella que queria dejar el mundo y dedicarse á Dios.

Devota Sierva de Jesucristo: El placer que mi ánima sintió del nuevo propósito de querer tomar por esposo al Rey celestial, la que tambien pudiera tomar esposo de la tierra, fué tan grande que no lo sabré explicar; y aunque cuando se me dijo me fué nuevo, porque no lo habia sabido; mas no lo fué del todo, que ya yo la habia ojeado para el Señor que la crió, y le habia pedido por merced que me la diese para él; y sea su nombre por siempre bendito, que tan cumplidamente lo hizo, que yo no lo supiera tan bien desear; porque aquel gozo que su ánima tenia de haberse descabullido de las vilezas de la tierra, y quedar ya prendada del amor del celestial Rey, ¿qué era sino unas señales ciertas, que esta mudanza no ha sido liviandad de propio pensamiento, mas obra de Dios, que ha puesto la mano en el corazon de ella, y obrado el celestial deseo que tiene? Y tambien le dió aquel regocijo en señal y árras de los muchos y grandes y limpios gozos que, si ella le quisiere ser fiel, él le dará, de los cuales el menor es mas de estimar que todos los que el terrenal marido, hijos y hacienda y todo el mundo puede dar.

¡Oh señora, y si hubiese probado cuán dulce es Dios para aquella ánima que vuelve las espaldas al mundo por poner los ojos en su Criador! Oh si supiese qué es la suavidad del celestial Esposo para consolar aquellas ánimas que dejan los transitorios deleites, y como tórtolas castas, no quieren consolarse en la tierra, mas suspiran con amor á su Señor, que en los cielos está; y como la paloma que se torna limpia, sin poner los piés en cuerpo muerto, mas tórnase á la mano de quien la envió! ¿Qué es lo que mas en este mundo florece sino cuerpo muerto hediondo? Pues ¿para qué es juntarnos con cosa que nos enlode, y nos deje mas desabridos treinta mil veces con su amargo dejo, que nos dió sabor con su compañía? A Cristo dé Vm. muchas gracias, que le dió luz para saber distinguir entre lo precioso y lo vil, entre lo eterno y temporal, y entre Dios y el hombre mortal; y le dió pensamiento tan dichoso, en que Dios es aceptado y el hombre tenido en poco, y por amor del celestial tálamo es despreciado el terrenal, por rico que fuese.

Sea pues fiel al que por esposo quiere tomar; que él lo será tanto para ella, que probará que no de burla se llama esposo limpio, de vírgenes limpias; mas hallará en él todos los bienes juntos; y no será como en los casamientos del cuerpo, que las mas veces tras un poco de contentamiento sucede amargo arrepentimiento; mas nuestra obra al principio tiene consuelo; y miéntras mas tratare á este Señor, mas le conocerá, y miéntras mas le conociere, mas le amará; porque no es como los hombres, que miéntras mas tratados, mas tachas descubren, y el que parecia buen desposado, á cabo de poco no hay quien lo sufra; mas en Cristo no verá cosa que le descontente, ni tampoco en su bendita Madre, que es suegra de las esposas del Hijo. ¡Oh bienaventurada hora en que tal propósito en ese corazon se sembró! Y muy mas lo será cuando se vea tan visitada de su Esposo, que diga: Señor mio, ¿cuándo yo te merecí estas mercedes y hallar este tesoro abscondido, por el cual dar mil vidas era comprar muy barato? ¡Oh señora, y cuán abastado y dichoso ha de ser este casamiento, y cuánto regocijo para el cielo y para la tierra! Dios Padre se huelga en que haya personas en la tierra que así amen á su Hijo unigénito, que por su amor dejen los amores de la carne, no solo los que son vedados por su ley, mas aun los del matrimonio, que son concedidos; porque señal es de mayor amor que dejemos por uno lo que lícitamente pudiéremos hacer: el Hijo es el desposado, y por eso murió, por tener ánimas que con limpieza espiritual le amasen, y otras con limpieza espiritual y con entereza en la carne.

El Espíritu Santo es limpísimo y muy ajeno de carne, y en viendo una ánima que desprecia de hecho los deleites de ella, allí pone sus ojos, y hinche de espirituales consuelos á los que desprecian los temporales; porque no permite que esté ayuna el ánima que de los manjares de acá no quisiere gustar. Nuestra Señora es madre del desposado, traslado de él, amorosa y benigna, principio de vírgenes, amparadora y abogada de ellas, y en gran manera se alegra que haya en la tierra virginidad, que es la flor que ella sembró. No faltan pajes en este casamiento; que los ángeles son criados del Rey del cielo, y aparejados á todo lo que la esposa hubiere menester. Ni aun faltan hijos, que es lo que acá se suele desear; y cierto no con dolores del parto, y cuidados que en criarlos se toman, y dolor que dan cuando no salen buenos, ó se mueren ántes de tiempo. Los hijos, señora, de este casamiento, las buenas obras son, que se llaman frutos del hombre. ¿Qué placer sentirá cuando por amor de Jesucristo concibiere un propósito de hacer una limosna ó otro bien? Y despues cuando la ponga en obra, ¿qué placer le dará aquel parto? Estos hijos dan descanso y honra á su madre, y no ha menester dote, que ellos se la traerán ántes para ganar y merecer el mismo cielo; y hacen que viva tan descansada su madre, que yo le prometo que cuando de noche se vaya á dormir, duerma con mas quietud y paz que si tuviera todo este mundo y cuanto en él se puede desear.

Dígame, ¿qué pudiera alcanzar acá, que llegara, ni con muchos quilates, al menor de estos bienes? Y si algun placerillo hubiera, tuviera por contrapeso cada hora de placer mas de ciento dolor y zozobra; y si algo hubiera sin ella, en fin se habia de acabar, ó morirse el esposo ántes que ella, ó ella ántes que él, y todo le fuera pena; y tambien morir los hijos le fuera otra pena, y dejarlos era otra pena: ni ellos á ella, ni ella á ellos se pudiera valer. Gócese, señora, en Cristo; que su Esposo nunca morirá; y cuando ella muera la cercarán sus hijos, que son las buenas obras que habrá hecho, y no le darán pena cómo los deja; que allá irán con ella acompañándola hasta el trono de Dios, y le pagarán muy bien cuanto en ellos gastó y trabajó; y por amor de los hijos será bienaventurada la madre; y la muerte no apartará este casamiento, ántes pondrá juntos á él y á ella; y librarla ha, porque es señor de la vida y de la muerte; y no osará ningun demonio arrebatar á la que Dios tomó debajo del amparo de su favor, y la dotó con nombre de esposa.

Entónces vendrán los ángeles á la servir y presentar delante de Dios, cantando alabanzas á él, y echándole bendiciones á ella, y diciéndole: Ven, esposa de Cristo, y recibe la corona que el Señor te tiene aparejada. Y entre estas cosas no estará absente la Vírgen Madre, acompañada de muchas vírgenes que en este mundo hicieron lo mismo que Vm. hace, y no están de ello arrepentidas. Y en compañía de sus semejables irá de este mundo, adonde el Señor ya la tiene aparejado el celestial tálamo, para que eternalmente esté rica, harta y abastada en la casa y presencia de Dios, mirando de hito en hito aquella hermosura infinita, una hora de lo cual es tan gran galardon, que excede, aunque uno hubiese pasado por Dios todos los trabajos que todos los hombres han pasado y puedan pasar. Allí tendrá todo el bien, y habrá alcanzado aquello para que fué criada, y estará tan harta en tener á Dios, cuanto ni se puede decir ni pensar; porque así tendrá llenos los senos de su ánima, que rebosen de gozo, como quien está en una muy grande mar de azúcar, que por todas partes está de él cercado; entónces verá, llamará, gozará y poseerá el Señor de todas las cosas, y dirá: Al que amé he alcanzado, al que busqué he hallado, por quien dejé el mundo ha sido mi galardon y paga: á él alabaré y amaré en los siglos de los siglos. Amen.

CARTA XXX.

A una doncella, enseñándola á sufrir los trabajos por Dios.

Deseo tengo que Vm. esté muy consolada entre sus trabajos, y sea muy agradecida al que se los envia, y los abrace muy de corazon como á verdaderas reliquias de Jesucristo nuestro Señor, y ciertas prendas de su amor, y diga cómo David (*Salm.* 22): Tu vara y tu báculo ellos me han consolado; porque, aunque la carne sienta desconsuelo en ellos, el espíritu es razon que tome consuelo, viéndose tratado como lo son los amados de Dios, los cuales, probados con diversos géneros de tentaciones y tribulaciones, fuéron hechos hábiles para ser en el reino de Dios galardonados; porque aquella paz y descanso de allá, ganarse tienen con guerras de acá; así como las piedras y madera que se puso en el templo de Salomon; primero fuéron labradas fuera del templo, y despues puestas, sin que en la casa de Dios se oyese golpe de martillo ni estruendo de sierra; y pues Vm. se ve martillada, entienda que la apura Dios y le quita lo tosco que de Adan trae, para ser asentada entre aquellas preciosas piedras que hace la casa de Dios.

Confíe, señora, que es amada del Señor, y que los trabajos no son de enojos que tiene con ella; mas quiere que cante lo que está escrito: Probaste mi corazon, y visitástelo en la noche; examinásteme con fuego, y no fué hallada en mí maldad. Grande alegría es en el ánima al ser hallada fiel al Señor en el dia de la prosperidad y en la noche de la tribulacion, y ser examinada con cosas que le duelen, y mucho duelen; y responder (*Salm.* 43): Todas estas cosas vinieron sobre nosotros, y no te olvidamos, ni hicimos cosa mala en tu Testamento. Y á esto dice Jesucristo nuestro Señor (*Luc.*, 22): Vosotros sois los que permanecistes conmigo en mis tentaciones: yo os dispongo el reino, como mi Padre me lo dispuso á mí. Y aunque parece el Señor riguroso en estos azotes, y suele el ánima temer y temblar en ellos, el Señor la asegura, diciendo: De noche y de dia la guardo; no tengo enojo con ella; á deshoras le daré una bebida, porque no se visite contra ella. En lo cual parece bien la inefable misericordia de nuestro Señor, que tanto cuidado tiene de su viña, que en un tiempo y en otro la guarda, y por eso la visita á deshoras con unos nuevos trabajos, porque no se visite contra ella con los trabajos del otro mundo, pues no es posible pasar al cielo sin ellos. Grande es su misericordia en darlos aquí, donde son ménos y menores, y comienza á juzgar aquí á los de su casa, para no tener que juzgarlos allá; sino consolarlos, y emplear su enojo con los ajenos que aquí fuéron malos y prosperados. Por tanto, señora, este consuelo envio á Vm. en sus trabajos, que son guarda para su ánima, y prendas del bien que le han de dar en el cielo, y guerra cuya corona es el mismo Dios, al cual tanto mas crea ser agradable, cuanto mas se viere de su mano bendita trabajada; y si le dieren pena, respóndale á su ánima que se espere un poco; vendrá la mañana, pasarán las sombras y vendrá la luz, y el Señor la hartará con su vista. Y en enjugándole las lágrimas, le hinchará sus labios de risa y de gozo; bendiga al Señor que la ha hecho

ser suya, é confíe en él, que no la pondrá á mal recado, pues no suele amar, y descuidarse de lo que ama.

Quien quiera ama á sus cosas; mas á Dios mucho mas; y pues Vm. es de él amada, duerma sobre seguro, y no dude de alegrarse en todo lo que le acaece, creyendo que son mercedes de nuestro Señor, el cual quiso ser joya de los trabajos de Vm., para que, mirando en ella, le parezcan todos pocos; porque ¿quién será aquel que se ose quejar que se le vende Dios caro, por mucho que le pidan, aunque sean mil vidas, pues él es de valor infinito? Dele gracias muy de corazon, porque le dió gracia que á él solo Vm. amase, que á él solo mirasen sus ojos, que en él solo pusiese su confianza, y que á él solo quisiese por fin de sus trabajos y descansos; que pues Dios esto le ha dado, él dará lo que le falta, él acabará su obra, él sanará y él salvará su enfermia, y dará galardon á su trabajadora, y pondrá en su reino á su redimida. Presto vendrá este dia: esté Vm. en espera de él, y diga como Jeremías (*Tren.*, 3): El Señor es mi racion; yo lo esperaré. Y así como la esposa casta no quiere en ausencia de su esposo ver fiestas, ni tomar pasatiempos ni otras cosas de consuelos presentes, guardando sus ojos y su corazon para gozar de su esposo, así Vm., colgada de aquel Señor á quien dió su amor y de quien es esposa, téngase acá por extranjera, y allá esté su corazon á do está su tesoro; y á los placeres y trabajos que le vinieren, diga: El Señor es mi racion; yo le esperaré. Convidada soy á comida tan bienaventurada: mas quiero estar con hambre y en espera de tanto bien, que hartarme de las presentes vanidades y perder la gana de aquella comida.

Fiel es Dios y bueno para los que en él esperan y le buscan; yo le esperaré y le buscaré, pues á quien dió gracia para buscarle, da para hallarle. E aunque algun dia aflija, él alegrará con su vista, y para siempre, y dará el galardon de las buenas obras en el cielo, adonde Vm. dirá: Ya tengo lo que busqué, gozo por lo que pené, poseo lo que deseé; y allí verá cómo el Señor ha tenido de ella cuidado desde que en el vientre de su madre fué criada, hasta llevarla á las sillas del cielo; y dará entrañables gracias á su bondad, y mayores por los mayores trabajos que por los mayores descansos, pues fuéron méritos mas ciertos para ganar el cielo, que los consuelos. E pues esto se ha de alcanzar, espérelo primero Vm., para que el Señor reciba de ello servicio; y ensanchemos el corazon en medio de la tribulacion, y con esperanza de tanto bien suframos el mal presente. Déle Cristo á Vm. tanta abundancia de su amor, con que, como el olio nada encima el agua, ande su gozo encima de los trabajos (*Cant.* 8), y las aguas muchas no le puedan apagar la caridad; mas como viva llama, mas y mas arda miéntras mayores trabajos el Señor le enviare, el cual sea todo bien de Vm.

CARTA XXXI.

Para una doncella recogida.

No sé por qué palabras os dé á entender la culpa que me acusa y la pena que temo; miro el mucho tiempo que ha pasado sin escribiros, habiendo vos sido encomendada á mí para que, mediante mi cuidado, vuestra ánima fuese aprovechada en el servicio del celestial Rey, pues él fué servido de recibiros por suya, mediante su palabra que os prediqué; y he hecho como mal siervo de Cristo, que negligentemente he tratado su negocio, que tan de verdad tenia por suyo, que le hizo á él cuidadoso, y aun dar la vida por él. Y no solo he pecado contra él, mas contra vos; á él he sido mal siervo, y á vos he sido mal padre, pues ni he conservado la hacienda, ni mantenido á vos con el mantenimiento de su palabra, cuyo despensero me hizo, para que á su tiempo prudente y fielmente diese á cada uno lo que ha menester. Duéleme mucho tal negligencia, y témome, como culpado, el castigo de mi culpa, no tanto que el Señor me azote ó atribule ó castigue con fatigas y tormentos, como con permitir que á vuestra ánima no le vaya bien; porque á quien no sabe qué es cuidado de hijos ni criarlos, justicia es que los vea morir, y muertos delante sus ojos, porque el dolor le atormente, y le haga abrir los ojos que su descuido cerró.

Señora (oso decir mia, pues sois esposa de mi Señor), ¿quién supiese cómo os va, para tener descanso con vuestro bien, ó recibir tormento de tristeza con vuestro mal? Quién supiese que duran vuestras fervientes lágrimas, que lavaban vuestra ánima delante el acatamiento de vuestro Esposo, y la humedecian con devocion, para que diese fruto al Señor de ella; y si duran vuestras vigilias, en las cuales soliades hablar en secreto y soledad con aquel que vuestra ánima ama, pensando en los dolores que por vuestro amor pasó, y deseando vos por el suyo pasar semejable á él? Plega á su misericordia no hayais perdido vuestro santo silencio, que era hablar con Dios; vuestra rica pobreza, que os hartaba mas que todos los bienes del mundo; el desprecio de vos, que os daba valor delante el Señor, y la santa mudanza de vuestra vida, que tenia maravillados á quien os miraba, y alababan á Dios en vos: plega á él no oigan mis oídos que la sierva de Cristo está otra que solia; no sea tal que con otro viva, ni á otro mire, ni á otra cosa piense sino en solo Cristo, al cual se ofreció: no haga trueco en que sea engañado; que habiendo gustado el don celestial, y habiendo comido de las migajas de la mesa de Dios, venga despues á probar de la amargura de Egipto, y los manjares que comian los hombres desechados de Dios, y hartando aquí su cuerpo de manjares de puercos, y despues ardiendo en compañía de demonios.

Sierva de Jesucristo, ¿qué tal estáis? qué tal estáis? Plega á Cristo estéis bien delante de él; porque S. Pablo decia estar su vida en ir bien á sus hijos; y aunque no con aquel fuego, mas con un poquito que Dios me da, os oso decir que la mia está en iros á vos bien delante de Dios: no me place vivir en cuerpo si mi hija está muerta en el ánima, ni entrará placer en mí hasta que sepa que el Esposo vuestro, que en vos aposenté, tiene morada en vuestro pecho; y si otra cosa hay, yo tengo la culpa, y yo haré la penitencia, y no estéis vos enojada de él. No me lastimeis, hermana, mas que mi culpa y el amor que á vuestra ánima tengo me lastima; y si enojo teneis de mi negligencia, amansáos con mi confesion llena de vergüenza y dolor; y creed que con el favor del Señor, vos me veréis muy enmendado; y por esto debeis olvidar cómo os fuí mal padre, pues Dios olvida con esto á los que fuéron malos hijos y siervos; y si mas satisfaccion quereis, tomadla vos de mí la que os pluguiere, y tornad al camino, si de él os habeis apartado, ó hacedme saber que estáis en él, porque yo sepa que os va bien, y tenga fuerza para sufrir la penitencia que darme quisiéredes por mi descuido. Digo descuido en el escribir, mas no en acordarme de vos; porque en esto no ha permitido nuestro Señor que haya sido descuidado; porque fué tan grande el amor que por veros sierva de Dios os cobré, y entrastes tan dentro en mi corazon, mirando que obró Dios en vos sus misericordias, que nunca mas de mi seno habeis salido, aunque no ha sido para os esforzar y consolar en este camino. Perdonadme, hermana, por amor de Jesucristo, y no seais cruel contra vos, y sedlo contra mí en todo lo que mandáredes.

Amad al Señor, que no merece él mal ninguno por el descuido del siervo; y si le habeis olvidado, ya lo conoceis, que ha prometido recibir al que se le hubiere ido; y perdonando vos á mí, perdonará él á vos, y os hará misericordias como al principio, y os mandará que canteis los cantares de vuestra mocedad, cuando os llamó para sí, que fué el tiempo de vuestra juventud y nacimiento. No deis gozo á los demonios, pues ya una vez los hicistes llorar; no entristezcais á vuestro ángel, pues ya dió gracias á Dios alegre de vuestro llamamiento; no deshagais la fiesta que en el cielo se hizo el dia de vuestra conversion; y si por mis pecados algo de esto ha pasado, no desmayeis; que el Señor tenderá sus brazos, y os recibirá, pues por vos se tendieron en cruz, y suele él amar mas al que huyó de la guerra y se torna con mayor esfuerzo, que al que nunca huyó y siempre fué tibio. Guerra es esta, en la cual no por recibir heridas se pierde la victoria, sino por huir de la batalla y darse por vencido: cobrad ánimo y comenzad de nuevo, que á Cristo hallaréis aparejado para os ayudar, y viendo él vuestra humildad y vergüenza, no os confundirá viéndoos postrada á sus piés; no os alanzará ni dará de coces; y llamando vos á los que en el cielo están, por intercesores, no se harán sordos á las voces que á ellos diéredes estando acá; y porque yo tengo la culpa del mal, si alguno hay, yo haré la penitencia y suplicaré al Señor levante y restituya lo que mi negligencia derribó; y mire á que él comenzó la obra, y no á que yo no lo supe conservar; y hacedlo así, porque es amador de las ánimas, y disimula los pecados de los hombres por la penitencia: él por quien es os tenga guardada debajo de sus alas, y graciosa delante de sí, y castígueme á mí en todo lo que fuere servido; por el cual os pido me escribais, aunque me conozco ser indigno de la respuesta.

CARTA XXXII.

A una doncella: enséñala que la cruz no la ha de escoger el hombre, sino llevar la que Dios le diere.

Si las penas nos viniesen las que nosotros queremos, no serían penas, y seríamos privados de la compañía de la cruz de nuestro Redentor, que es el mayor mal que nos podria venir. Hanos de venir lo que mas desabrido nos es, porque así ha de ser curada nuestra voluntad, hasta que ninguna cosa nos venga que nos sea desabrida, y entónces serémos siervos de Jesucristo, que dijo (*Luc.*, 22): No mi voluntad, sino la tuya, sea hecha; y pues él, por su gran misericordia, tiene cuidado de enviar á Vm. la salud de su ánima, no la reciba como herida que llaga, mas como medicina que sana. Haga gracias á su Salvador, y cíñase con fortaleza á pasar cosas mayores; que aun no nos ha venido lo que á verdaderos siervos del Crucificado suele venir, ni lo que nosotros debemos de desear. Todo lo que de fuera nos viene, hemos de pensar que lo envia Dios desde lo alto con misericordia, y pensar de dentro que merecemos muy mucho mas, y no huir nuestro purgatorio por mucho que duela. Cuando Dios ordenare que Vm. comience á padecer de verdad, y le enviare lo que ella mas huye de padecer, entónces confíe que es amada de él, y tenga esperanza de ver con alegría la faz del Señor. No es palabras el camino de Dios, y por eso no se desmaye en las pruebas; mas esfuércese en Dios, que le envia la guerra para la coronar con victoria, y recójase á él en la larga oracion, hasta sudar gotas de sangre si es menester, poniendo delante sus ojos al dechado de nuestra vida, Jesucristo nuestro Señor, que oró tres veces, y con tanto trabajo, sin ser luego oido hasta que corrió la sangre y regaba la tierra.

Sujétese del todo á la voluntad del Señor, y tórnese como un poco de lodo, y diga al Señor: Yo soy lodo, y tú, Señor, el ollero: haz de mí á toda tu voluntad (*Luc.*, 22). No la halle Dios vestida, mas del todo desnuda de la propia voluntad; porque por pequeña cosa que tenga, sin estar mortificada, le dará no pequeña pena y desasosiego. De Cristo es, por justísima compra: no le pese de serlo, ni huya del tratamiento de él; mas de todo corazon le pida que la lleve para sí, por donde él sabe y quiere, y no por donde ella quiere, aunque sea con tener extrema deshonra delante los ojos de todo el mundo: mire que dé buena cuenta de esta licion que el Señor la ha enviado; porque, si no, otro dia no le enviará lo que á ella cumple, sino lo que ella quiere, y será por su mal. Cobre en Dios esperanza, y pelee varonilmente; que de esto y de mas es digna el amistad de nuestro Señor, y no se puede gloriar de amador quien no pasa mucho por el amado. Esfuerce Dios á Vm. tanto, que baste ella esforzar á los flacos y consolar á los tristes, y déle perfecta obediencia á su santa voluntad, y perfecta fe en su bondad. Amen.

CARTA XXXIII.

A una doncella afligida: enséñale el camino de la cruz, y consuelos que el Señor da para llevarla.

Yo no tengo por cosa nueva la que Vm. cuenta del trabajo en que está; porque, cuando veo que Dios da alguna espiritual prosperidad á alguna persona, luego espero el contrapeso del trabajo que le ha de venir; porque, así como despues de la tempestad viene serenidad, y despues de las lágrimas alegría, así tambien despues de la alegría vienen lágrimas; que de otra manera paraíso fuera esta tierra, y no cruz. Y como el Señor del cielo, viniendo acá, escogió esta cruz para con ella vivir y en ella morir, diónos á entender que era su voluntad y nuestra salud que imitásemos su vida si la queriamos ganar para siempre. No aciertan los que piensan que da Dios aquí los consuelos y los regalos para que nos alcemos con ellos, no; sino para que esforzados con ellos, suframos la carga que nos quiere echar; y por esto algunos amadores de sí mismos, y por eso flojos, no quieren tratar con nuestro Señor, porque les parece que no los deja gozar á su placer de lo que ellos querrian; y fingen amar á Dios, y ámanse á sí, y no entienden que el amor con solo amor se contenta, y no se busca á sí mismo; y con tener contento al Señor, lo están ellos mortificados á su propia voluntad por vivir á la de él; porque dos vivos, en un corazon no pueden estar, por ser la casa corta y el estrado angosto, y no hay para dos, como dice Isaías. Así

que, Vm. vaya adelante, y pase por agujero angosto de cruz, y cuanto mas amare la cruz, tanto mas gozo tendrá de resurreccion, no por deseo de gozos, sino de virtudes con que agrade al Señor. Mas él no deja al ánima sin gozo cuando ve que no lo busca, ni sin galardon á quien no tiene mucha cuenta con lo que ha de recibir, sino con lo que ha de agradar: no sea menester comenzar cada dia de nuevo, que esto suele ser causa que no se acabe un negocio; sino responder con lealtad al Señor, y estar muy fiada de la lealtad de él para los suyos, la cual ni se puede hablar ni pensar, si por experiencia no se prueba.

Todo el saber del siervo de Dios es hacer la voluntad de él, y á los ojos cerrados esperar en él; y con esto está tan fuerte, que ninguna cosa teme ni ninguna le vence; y con esto vive alegre y confortado, no porque le falten ejercicios, sino porque no tiene angustia ni desmayo en el corazon, de los cuales era S. Pablo cuando decia (2 *ad Cor.*, 6): Como tristes, mas siempre gozosos. Y si alguna vez acaece ser dejado del Señor en manos de las tristezas, temores y desconfianza, no se turba; porque conoce la condicion de nuestro Señor, que así trata á los suyos, y que muchas veces les encubre el amor, mas no se lo quita, y los deja andar en la guerra solos; y en la mar se les hace dormido, para así llevarlos poco á poco á que aprendan á esperar el buen dia en el tiempo del malo, y á no vivir en lo que sienten, sino en lo que de Dios deben confiar; y para que no pasen por este mundo sin cruz; y como ellos tengan por pequeña la que toca en las cosas del mundo, hiéreles en el ánima, aunque no con pecados, con temores y desconsuelos que les nacen de no saber si agradan ó no, y de cosas semejantes; mas el fuerte amor que nos tiene, le hace que en todo busque nuestro provecho; y dichosos nosotros, que en manos de tal bondad caímos y á tal Señor conocimos: él es con Vm. y será siempre; á él gracias por ello y por todo. Amen. Dios sea amor de Vm.

CARTA XXXIV.

A una doncella: enséñale que Dios nos pide el corazon desocupado, y lo que importa tomar la voluntad de Dios por nuestra.

Acreciénteos Dios las buenas pascuas, pues en haberlas vos tenido, las he recibido yo: gracias á su misericordia que os ha dado mayores prendas de ser vuestro, pues os ha dado mayor deseo de ser suya: pídeos como á tal el corazon desocupado, pues cada uno quiere morar en su casa; y así de aquí adelante os velaréis, no como á vos, sino como á cosa de Dios; y tendréis gran cuidado de morir á todas las cosas y echarlas de vuestro corazon, diciéndoles: No impidais el lugar del Señor; pues aunque se lo dé todo desembarazado, aun es muy poco. Atrevéos á morir un poco ántes, y comenzaréis á vivir, y vuestra pelea sea contra vuestra voluntad, dándosela á Cristo las mas veces que pudiéredes, y lo mas entrañablemente que pudiéredes; y decid á vuestro corazon: ¿Cuál es mas razon que sigas, la voluntad del Señor ó la tuya? Pues por seguir la tuya te has perdido, y por seguir la de Dios te has ganado: tu amarte ha sido aborrecerte y echarte en los infiernos; mas el amarte Dios ha sido hacerte bienes: de manera que con mas razon te puedes fiar de la voluntad de Dios, que de la tuya, pues lo has hallado mas fuerte en querer tu bien que á tí mismo. Toma pues esta voluntad buena por tuya, y deléitate en la cumplir, y á ninguna cosa te muevas por la tuya, sabiendo que lo que de ella naciere es fruto de imperfeccion.

Decid muchas veces con el corazon y algunas con la boca: Padre, no mi voluntad, sino la vuestra sea hecha; y en todo lo que hiciéredes y pensáredes y hablaredes, buscad el solo contentamiento de Dios, y hallarlo heis en el comer, y en el dormir, y en el hablar, y en el callar; y viviréis consolada en todas las cosas, porque en todas las que no son malas hallaréis al Señor; y aprovecharos ha para esto la doctrina de nuestro Señor, que dice (*Matth.*, 16): Quien quisiere venir tras mí, niéguese á sí mismo; y aprovecharos ha que cada vez que comulgáredes hagais renunciacion de vuestra voluntad en la de nuestro Señor, y el pedirle muchas veces por merced que, pues vos no se la podeis dar, la tome él, y os dé la suya por vuestra. Y aunque sean pocas cosas, no dejeis salir á vuestra voluntad con lo que quiere, sino contradecidla y amad á quien os la contradice; porque el ensayarse en las cosas pequeñas aprovecha para las mayores. Cristo os favorezca para que del todo seais suya. Amen.

CARTA XXXV.

A una doncella trabajada de peligrosas tentaciones: avísale que el fruto será grande si las sabe llevar.

Consoláos, consoláos, pueblo mio, dice el Señor Dios vuestro: hablad al corazon á Jerusalen, y llamadla; porque cumplida es ya su pena, y perdonada su maldad (*Isai.*, 40). Confiad, hermana, que estas palabras dicen á vos, y manda que os consoleis con su favor que os defiende, aunque los infernales poderes y adversarias maldades trabajen de os derribar; porque si muy cuidadosos andan en perseguiros, mas lo está Cristo en abrigaros y defenderos y sacaros de la guerra, llena de muchas coronas, mas alegres, cierto, y de estimar, que es la tribulacion que teneis para lastimar. ¿Qué habeis? Qué os lastima? Qué os espanta? Vuestro Dios es salud de estas llagas; no mireis á ellas, y en el dia que os las acabare de atar, resplandecerá á vos un sol mas luciente siete veces que el que ántes de este trabajo os lucia. Serán vuestras espirituales prosperidades muy aventajadas á las pasadas, pues lo que agora padeceis es mas amargo que lo pasado; porque estas tales avenidas de angustias víspera suelen ser de abundancia de espirituales regocijos, como las tribulaciones de Job fuéron mensajeros de doblada hacienda y descanso que Dios le dió. Amargólo, y despues consolólo; probólo y coronólo; escondiósele un poco, mas despues se le mostró mas dulce que primero airado. Esta es la condicion del Señor con los suyos; mortifícalos, aun hasta parecer que los mete en tormentos de infiernos; mas sácalos y alívialos sin que la ballena pueda retener ni empecer al que tragó. Mucha soberbia tienen los demonios, nuestros adversarios, y dicen que nos tragarán; mas digámosles (*Joann.* 2): Juntáos contra nosotros; que vencidos habeis de ser: entrad en consejo; que destruido será, porque Dios es con nosotros.

No os pese, hermana, por pensamiento temer estos infernales lobos; que el que una vez en la cruz los venció, los ha vencido y vencerá en vos, y los despojará con gran deshónra suya. Y aunque os parezca ser la guerra brava y el enemigo fuerte, que os haga temer, no desmayeis; porque el Señor dice (*Isai.* 49): ¿Por ventura será quitada la presa, del fuerte? Y lo tomado por el robusto ¿podrá ser salvo? Verdaderamente será quitado el cautivo de la mano del fuerte, y será hecho salvo lo que el fuerte habia tomado; y esto porque la mano de Dios peleará por vos y pasará sobre vos como aves que vuelan, defienden y abrigan con sus extendidas alas á los pollicos que mucho aman. ¡Oh si viesen nuestros ojos el celo de Dios con que guarda á nuestras ánimas, y cuán en salvo las tiene cuando ellos piensan que están ya perdidas! Hácia arriba suelen arrojar el vidrio los que quieren enseñar cómo saben recibir lo que arrojan en alto; y si el vidrio sintiese, temblaria de verse echado en alto é ir á caer en las piedras duras, donde parece que se ha de hacer de docientos pedazos; mas socorre la mano de quien lo arrojó, y tómalo en sí sin lesion. Y así vos, viéndoos sacada de vos y combatida de fuegos tan vivos y penas tan crudas, temeis y temblais pensando que os habeis de hacer pedazos y caer en ofensa de nuestro Señor; mas pensad que el Señor que en ese trabajo os puso, él mismo os sacará de él; ese que se os absconde porque padezcais, está muy cerca de vos para defenderos; que de otra manera, estuviérades diez mil veces tragada de la crueldad de vuestros contrarios. El os arroja y él os recibe; él mueve el alboroto en la mar, mas él os guarda porque no os ahogueis; porque lo que sentis no lo haceis vos, sino sufrislo; y por eso quien lo hace, que es el demonio, ese lo pagará.

Bien ve Dios vuestro corazon, que es amador de sus mandamientos y aborrecedor de sus ofensas; el cual os guarde, como lo ha hecho; que de lo que el demonio os trae no tengais cuidado, pues aunque sea feo y os duela, no os vendrá por ello mal. Cosas son estas que á muchos suelen acaecer; y no solo las que vos tendréis, mas sin ninguna comparacion otras mayores, y que parecen traslado al mismo infierno, y del fuego y lenguaje que allá hay. Mas no por eso deja Dios á sus ánimas, ántes cuando todo el humano consejo y fuerza ha faltado, entónces acorre con su poderosa mano; quitando la copa del amargor de la boca, da por ella diez mil consuelos, y conócese la persona por flaca, pues vió por experiencia su grande miseria, y conoce la fuerza y maldad de sus enemigos, y procura de huir mas de ellos y arrimarse mas á Dios, el cual solo ve ser bastante á librarla de tales refriegas; y así saca de los males pasados luz para tenerse en ménos, y mayor confianza en su Dios, y grande cautela para mas recatadamente vivir, por haber conocido las traiciones y maldades de los demonios. Lo cual no es de tener en poco; porque, así como nuestra vida consiste en conocer y amar á Dios, así es gran parte de los espirituales avisos conocer al demonio, no para amarlo y honrarlo (que esto para Dios es), sino para huir y escapar de sus lazos, los cuales de pocos son conocidos, aunque les parezca que conocen á Dios. Y por eso es de estimar en mucho el provecho que de estas refriegas se saca, porque se hace el ánima experimentada en la guerra contra este astuto enemigo; y estas cosas y otras muchas saca el benigno Señor de estos males en que nuestro adversario nos queria hacer caer, y así le hace perder lo que pensaba ganar, y hace burla de él, purificando y aprovechando al ánima por el medio que él pensaba dañar.

E pues os habeis ofrecido al servicio de Cristo, y no sois vuestra desde el dia de vuestro bien, no le tengais por olvidadizo pastor, pues si olvidaros quisiera, no os llamara, ni halagara, ni os hiciera tan dulces promesas. Acordáos en el dia del mal, del dia del bien, para que no os derribe lo presente, templándolo con lo favorable de entónces. Y pensad que si Cristo no os amara, no levantara ni diera la joya; y pues sabeis que por él comenzásteis este camino, y que le habeis deseado agradar, y segun vuestra flaqueza lo habeis procurado, no deis tal mancha en vuestra honra, que así perdais la confianza en aquel que, estando vos apartada, os llegó él á sí, y os dió espíritu nuevo y blando en vuestras enlrañas, y os señaló con su señal para que fuésedes suya y por tal os tuviésedes. Y si el lobo infernal ha osado acometer á la que estaba herrada con la señal de Jesucristo, y que le deseaba servir, no os espanteis; que pruebas son de nuestra fe y de nuestro amor á ver si desmayamos y tornamos atras.

No hay virtud firme si no es probada, y la fe se prueba entre los peligros y disfavores de Dios; mas si fina es, no solo no desmaya, mas cuando mas acosada, mas esfuerzo toma, y de la soledad saca compañía; porque sabe que esta es costumbre del Señor, poner á los suyos en los cuernos del toro, y esconderse él para probar la fe de ellos; y como no está arrimada á la vista, sino á la bondad de su Señor, no cura de mirar lo que siente ni de qué parte sopla el viento, sino engendra una confianza que, como áncora fijada en el suelo de la mar, ásese firmente con el Crucificado, y fija su pensamiento y dice: Tú, Señor, moriste por mí ántes que yo naciese, y me buscaste con dolores sin buscarte ni llamarte yo: agora que te llamo y te quiero, no me desampares. Si abrigaste á quien te era enemiga, no desecharás á quien te desea servir y á la que ya tomaste por tuya, y en esta fe vive y está segura entre todas las olas y tempestades que en la mar se le ofrecen, aunque parezca que ya se le hunde la nao, y trabaja por no desmayar, porque no se levante el Señor y le riña como á los apóstoles hizo, diciendo (*Matth.*, 8): Qué, ¿estáis temerosos, hombres de poca fe? En lo cual veréis que de verdad quiere el Señor que estemos esforzados; porque aun entrando las olas en la navecilla ya para sumilla, riñe con los que entónces tienen temor. Y esto porque los que con él se embarcan no quiere que sean temerosos, pues van con el verdadero Señor de las almas y fiel provisor en las oportunidades. Y pues vos salistes de tierra y os embarcastes con él entrando á servirle, ¿qué es lo que agora temeis, pues habeis caminado y estáis en compañía de Jesucristo?

Acordáos que S. Pedro andaba con los piés sobre las aguas de la mar cuando tuvo fe; y cuando vió los vientos recios y las olas altas, temió, y luego comenzó á hundirse, para dar á entender que con la fe andaba seguro, y por atibiarse ella se hundia, y oyó de la boca del Señor (*Matth.*, 14): Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? Y de la misma manera lo dice á nosotros si temerosos nos ve por grandes peligros que á los ojos veamos. E si aquel cuidado tuvo el Señor en librar al discípulo de la muerte del cuerpo, mayor lo tendrá en libraros á vos de la muerte del ánima, y hacer que no os ahogue la gran tempestad que contra vos se ha levantado. Solamente, hermana, no desmayeis ni huyais de la guerra; que aquí no por ser tentados, sino por huir ó ser vencidos se pierde la corona. Ofrecéos á padecer dolores y fuegos por honra de aquel que por vos lo sufrió; y

cuanto mayores fueren, por mas ciertas prendas las tened del amor entre Cristo y vos. E pedidle que os esfuerce á padecer, y no que os lo quite; y será un purgatorio con que quedeis apurada delante de Dios, y seros ha compañía la cruz de vuestro amado Señor, que es la cosa que mas sus amadores deben desear; y quedaréis como oro en crisol, tanto mas resplandenciente, cuanto mas fuistes atribulada. Mirad que cualquier amador ha de pasar algo que duela por amor de su amado.

E pues habeis entrado en la guerra del amor, no os acobardeis; mas acordáos de lo mucho que muchas mujeres flacas padecieron por Cristo, unas en fuegos, otras en golpes, otras en ser carmenadas las carnes, y tenianse por bienaventuradas en padecer por amor de su Señor, pues por él padeceis; que si á él dejásedes, no os perseguirian los enemigos; mas porque os pasastes al bando de Josué, por eso mueven guerra contra vos. E si faltan sayones hombres, suceden en su lugar sayones diablos, que son mas crueles y ménos se cansan, y con peines de hierro y parrillas de fuego os atormentan, y mas en el ánima, que en lo exterior. Debeis pensar que estáis en un martirio por amor de Jesucristo, pues por servirlo sois martirizada. Haced vuestros ejercicios de confesion y comunion, aunque sea de mala gana, y aunque os lo estorbe el demonio, como lo suele hacer, aun hasta enmudecer la lengua, que no pueda confesar, y hace entender que han comido de noche para que no comulguen; holladle con todas sus astucias, y orad al Señor en la cruz, y traedla con vos, y armáos con ella, y ofrecéos tan de verdad á padecer, que si el Señor quisiere que os dure toda la vida, que estéis contenta con ello; y cuanto vos mas os pusiéredes en la voluntad de él, tanto mas presto os remediará; porque no desecha al que á él va; y acordáos que no hay amor sin dolor, y que por muchas tribulaciones hemos de entrar en los reinos de los cielos, adonde una sola hora que veais á Dios en su hermosura, daréis por bien empleados dos mil años que paseis lo que padeceis; y pues Dios allá os ha de llevar, segun lo podeis esperar, no seais cobarde en padecer y tibia en amar; que no os dejará el que por vos murió y para sí os llamó: él sea vuestro consuelo. Amen.

CARTA XXXVI.

A una doncella que sentia mucha ausencia de nuestro Señor: anímala á confiar, enseñándole su Majestad las causas por qué aflige á los suyos, y los frutos que de ellas saca.

No tengais por ira lo que es verdadero amor; que así como la malquerencia suele halagar, así tambien el amor reñir y castigar; y mejores son, dice la Escritura (*Prov.* 27), las heridas dadas por quien ama, que los falsos besos de quien aborrece; y grande agravio hacemos á quien con amorosas entrañas nos reprehende ó castiga, pensar ó decir que por querernos mal nos persigue. No olvideis que entre el Padre eterno y nosotros es medianero nuestro señor Jesucristo, por el cual somos amados y atados con tan fuerte lazo de amor, que ninguna cosa lo pueda soltar, si el mismo hombre no lo corta por culpa de pecado mortal. ¿Tan presto habeis olvidado que la sangre de Jesucristo da voces pidiendo para nosotros misericordia, y que su clamor es tan alto, que hace que el clamor de nuestros pecados quede muy bajo, y no sea oido? ¿No sabeis que si nuestros pecados quedasen vivos muriendo Jesucristo por deshacerlos, su muerte sería de poco valor, pues no los podia matar? Nadie pues aprecie en poco lo que Dios apreció en tanto, que lo tiene en suficiente y sobrada paga, en cuanto de su parte es, de todos los pecados del mundo y de mil mundos que hubiera. No por falta de paga se pierden los que se pierden, mas por no querer aprovecharse de la paga por medio de la fe y penitencia y sacramento de la santa Iglesia.

Asentad una vez con firmeza en vuestro corazon, que el negocio de nuestro remedio Cristo lo tomó á su cargo como si fuera suyo, y á nuestros pecados llamó suyos por boca de David, diciendo (*Salm.* 21): *Longè à salute mea;* y pidió perdon de ellos sin los haber cometido, y con entrañable amor pidió que los que á él se quisiesen llegar fuesen amados como si para él lo pidiera; y como lo pidió lo alcanzó; porque, segun ordenanza de Dios, somos tan uno él y nosotros, que ó hemos de ser él y nosotros amados, ó él y nosotros aborrecidos; y pues él no es ni puede ser aborrecido, tampoco nosotros, si estamos incorporados en él con la fe y amor; ántes por ser él amado lo somos nosotros, y con justa causa. Pues ¿qué mas pesa él para que nosotros seamos amados, que nosotros pesamos para que él sea aborrecido? Y mas ama el Padre á su Hijo, que aborrece á los pecadores que se convierten á él; y como el muy amado dijo á su Padre: O quiere bien á estos, ó quiere mal á mí; porque yo me ofrezco por el perdon de sus pecados, y porque sean incorporados en mí; venció el mayor amor al menor aborrecimiento; y somos amados, perdonados y justificados, y tenemos grande esperanza que no habrá desamparo donde hay nudo tan fuerte de amor; y si la flaqueza nuestra estuviere con demasiados temores congojada, pensando que Dios la ha olvidado, como la vuestra lo está, provee el Señor de consuelo, diciendo en el profeta Isaías (*Cap.* 49) de esta manera: ¿Por ventura puédese olvidar la madre de no tener misericordia del niño que parió de su vientre? Pues si aquella se olvidare, yo no me olvidaré de tí, que en mis manos te tengo escrita. ¡Oh escritura tan firme, cuya pluma son duros clavos, cuya tinta es la misma sangre del que escribe, y el papel su propia carne, y la sentencia de la letra dice: Con amor perpetuo te amé, y por eso con misericordia te atraje á mí! Tal pues escritura como esta no debe ser tenida en poco, especialmente sintiendo en sí ser el ánima atraida con dulcedumbre de propósitos buenos; que son señales del perpetuo amor con que el Señor la ha escogido y amado.

Por tanto, no os escandalicéis ni turbeis por cosa de estas que os vienen, pues que todo viene dispensado por las manos que por vos y en testimonio de amores se enclavaron en cruz. Y si quereis entender lo que os viene, al intento que Dios os lo envia, sabed que son prueba para que seais examinada, y despues, como á persona fiel en la prueba, seais con corona de justicia de la mano del mismo Señor coronada. Y porque no penseis que esas cosas que pasais son señales de reprobacion, y que á solos los malos las envia Dios, oid qué dice David en su persona y de otros muchos que andan el camino de Dios (*Salm.* 30): Yo dije en el exceso de mi ánima: Alcanzado soy delante de la faz de tus ojos; y aunque es cosa que mucho lastima este desmayo del corazon, y disfavor sentido en lo de dentro de él, y no atinar el ánima cómo está con Dios, ni cómo estará, ni en qué parará; mas con todo esto, pocas cosas hay con que uno tanto purgue sus pecados ni tantas cosas aprenda, como en aquella oscuridad tenebrosa y afliccion interior, que hace sudar del corazon gotas de sangre, lo cual envia nuestro Señor á los suyos, porque no se vayan de este mundo sin sentir qué es cruz y tribulacion; y así hiéreles en lo del espíritu, donde están vivos; porque si les hiriera en las cosas temporales, á las cuales están muertos, no lo sintieran. Conviéneos pues dar buena cuenta de este peligroso paso donde Dios es servido poneros, y adorando sus juicios, y confortadá con la confianza de su bondad, abajar vuestra cabeza, y sin mas escudriñar, abrir la boca de vuestro corazon, y tragar esta píldora de oscuridad y del sentimiento de la ausencia y disfavor de Dios, con obediencia del mismo Dios.

Sabed, cierto, que si quereis no desdecir en la prueba que Dios os envia, que os conviene haceros robusta, como dijo el Angel á Josué; y vivir muriendo cada dia, como S. Pablo hacia (1 *ad Cor.*, 15): Cocéos en el fuego de la tribulacion, para que seais fuerte como ladrillo, y seais conveniente para sufrir lluvias y vientos de tentaciones y de trabajos; y no blanda como adobe de barro, que se deshace en el agua y no es fuerte para edificio; que la gente que ha de ser puesta en el edificio del cielo, con golpes de diversos trabajos y tentaciones ha de ser probada en el suelo, segun está escrito: Probólos el Señor, y hallólos dignos de sí. Enseñáos pues á mantener con gruesos manjares, y esforzáos á convertir en pan las piedras de las tribulaciones, si quereis tener testimonio de que sois hija de Dios. Y si os da gana de pan blando y blanco de consolaciones, remitid eso á la voluntad del Señor, y contentáos con que tendréis tanto de eso en el siglo que está por venir, que lo dulce de allá excede sin comparacion á lo amargo de acá; y en lugar de los duros huesos que acá daban á comer á los dientes del ánima, será allá el mismo Dios sabrosísimo pan de vida, que nunca se acabe. Esperad esto, y esforzáos con esto; porque este negocio ni es para regalados, ni para hombres de flaca fe.

En trabajos os veréis muchas veces, que, si con sentido humano los mirais, os parecerán ser señales de infierno y principio de él, y habeislos de sufrir con paciencia y sin consolacion, y aun sin sentimiento de confianza, para que sepais qué cosa es padecer de verdad; porque miéntras la confianza está fuerte, no hay cosa que mucho lastime; mas cuando Dios esconde su faz, y no enseña favor al ánima, sino disfavor; y siendo perseguida de sus enemigos, no siente favor en su buen ánimo, entónces es el padecer puro, y sabe á tormentos de infierno. No sentiréis entónces esperanza de escapar; mas contentáos con no desesperar, y séaos aquel desconsuelo penitencia por vuestros pecados, con los cuales algun dia os consolasteis; y sírvaos de ver á la clara qué es lo que podeis vos de vos. Justo es que quien peca amándose y pareciéndose bien, que lo pague descontentándose entrañablemente de sí; y quien en sí confía, que le demuestren tan á su costa qué es lo que puede. Por este fuego os conviene pasar, si quereis gozar del descanso. Esta guerra habeis de vencer para merecer la corona del cielo. Mirad que dice la divina Escritura (*Jac.*, 1, *v.* 12): Bienaventurado el varon que sufre la tentacion, porque cuando fuere probado recibirá corona de vida, la cual prometió Dios á los que le aman. Si os agrada la corona, no os sea pesada la prueba; y no puede haber prueba sin tentacion; y no os vendrá tentacion que no pase por la mano de vuestro Padre Dios, midiéndola que sea convenible para vuestro provecho y para vuestra flaqueza. No temais de beber con paciencia lo que Dios os da con amor. El mismo dice (*Prov.* 3): Hijo, no te angustiés cuando eres de Dios castigado; porque al que el Señor ama, castiga, y como padre, en hijo se agrada. Y en otra parte dice: Hijo, en tu flaqueza no te desprecies; mas ora al Señor, y curárte-ha. Y pues nos está mandado de parte de Dios que en ninguna cosa desmayémos, vamos á él fiados de su palabra, y pidámosle favor; que verdaderamente nos lo dará.

¡Oh hermana, si viésemos cuán caros y preciosos somos delante los ojos de Dios! Oh si viésemos cuán metidos nos tiene en su corazon; y cuando á nosotros nos parece que estamos alcanzados, cuán cercanos estamos á él! Sea para siempre Jesucristo bendito; que este es á boca llena de nuestra esperanza, que ninguna cosa tanto me puede atemorizar, cuanto él asegurar; múdeme yo de devoto en tibio, de andar por el cielo á oscuridad de abismo de infierno; cérquenme pecados pasados, temores de lo por venir, demonios que acusen y me pongan lazos, hombres que espanten y persigan; amenácenme con infierno, y pongan diez mil peligros delante; que con gemir mis pecados y alzar mis ojos, pidiendo remedio á Jesucristo, el manso, el benigno, el lleno de misericordia, el firmísimo amador mio hasta la muerte, no puedo desconfiar, viéndome tan apreciado, que fué Dios dado por mí. ¡Oh Cristo, puerto de seguridad para los que, acosados de las ondas tempestuosas de su corazon, huyen á tí! Oh fuente de vivas aguas para los ciervos heridos y acosados de los perros espirituales, que son demonios y pecados!

Tú eres descanso entrañal, fiucia que á ninguno de su parte faltó. Amparo de huérfanos y defendedor de las viudas (*Salm.* 103). Firme casa de piedra para los erizos llenos de espinas de pecados, que con gemidos y deseo de perdon huyen á tí. Tú defiendes de la ira de Dios á quien á tí se sujeta. Tú, aunque mandas algunas veces á tus discípulos que entren en la mar sin tí y que se desteten de tu dulce conversacion, y estando tú ausente se levantan en la mar tempestades que ponen en aprieto de perder el ánima, mas no los olvidas. Dícesles que se aparten de tí, y vas tú ahora al monte por ellos; piensan que los tienes olvidados, y que duermes: estás las rodillas hincadas rogando por ellos; y cuando son ya pasadas las tres partes de la noche, cuando á tu infinito saber parece que basta ya la penosa ausencia tuya para los tuyos, que andan en la tempestad, desciendes del monte, y como Señor de las ondas mudables, andas sobre ellas; que para tí todo es firme; y acércaste á los tuyos cuando ellos piensan que están mas léjos de tí, y dícesles palabras de confianza, que son: Yo soy, no querais temer. ¡Oh Cristo, diligente y cuidadoso pastor, cuán engañado está quien en tí y de tí no se fia de lo mas entrañable de su corazon, si quiere enmendarse y servirte! Oh si dijeses tú á los hombres cuánta razon tienen de no desmayar con tal capitan los que quieren entrar á servirte, y cómo no hay nueva que tanto pueda entristecer ni atemorizar al tuyo, cuanto la nueva de quien tú eres basta para los consolar!